

Una boda multitudinaria

El 21 de octubre de 1960 los diarios recogían una noticia: «Se produce la botadura del primer submarino nuclear de la armada británica». Sin embargo, en España otro acontecimiento eclipsaba totalmente todos los demás hechos producidos en el terreno tanto nacional como internacional: la multitudinaria boda del torero Jaime Ostos conmigo, María Consuelo Alcalá Rubio. La ceremonia se produjo a pesar del percance que él tuvo el 7 de julio —Feria de San Fermín— en Pamplona; una fuerte conmoción cerebral, una importante herida en la ceja, múltiples contusiones por todo el cuerpo y una probable fractura del costal derecho. Todo ello de pronóstico reservado. Como alguien dijo —y tengo que darle la razón—, los toreros están hechos de otra madera. Por eso, para la boda Jaime ya se había recuperado cuando decidió dar el «sí, quiero» delante de la Macarena de Sevilla, una fórmula afirmativa que también pronunciaría yo sin pensarlo dos veces, aunque al día de hoy —ya ha llovido un poco— recuerdo aquel acontecimiento envuelto en una extraña nebulosa. La verdad es que he querido olvidarlo todo, incluso la boda, a pesar de haber sido un día felicísimo por aquel entonces. Pensé que aquel hombre zalamero y detallista, aquel hombre con tanta aparente solidez, que había sido capaz de insistirme tanto para llevarme hasta el altar, después me seguiría queriendo, pero desde luego me equivoqué.

A las 12.00 horas exactamente, tuvo lugar el acontecimiento en medio de un gran fervor popular y con muy mal tiempo. Llovió tanto que las ranas saltaban en las cunetas. Mil quinientos invitados asistieron a la iglesia, y evidentemente no cupieron. Jaime me estaba esperando sin aparente signo de nerviosismo mientras que las campanas de la Macarena tañían en su segundo aviso con especial sonido, sonido de enlace, sonido de boda, la más esperada por los españoles en una España dictatorial en que pocos alicientes más que los toros y el fútbol entretenían a las masas; un torero famoso y yo, una joven mujer sevillana. Jaime vestía de rigurosa etiqueta campera: un sombrero cordobés con cinta negra, un elegante traje corto negro de gala que realzaba su figura de matador bien proporcionado por la constante, dura y estricta preparación, la chaquetilla con abotonadura de a cuatro distribuida a ambos lados de la misma, bolsillo estrecho en donde inconscientemente él metía el pulgar a lo largo de toda la ceremonia, mientras miraba mi cara, la cara de la que iba a ser su desposada. Yo lucía, por mi parte, un sencillo pero hermoso vestido diseñado por un importante modisto madrileño, sin apenas barroquismo y que costó más de cien mil pesetas de la época. Sobre la cabeza llevaba un velo larguísimo aferrado a un moño alto con raya en medio e iba sólo sutilmente maquillada. Los padrinos del enlace fueron doña Josefa Carmona, madre de Jaime, una mujer realmente extraordinaria, y don Víctor Rubio Chávarri, mi abuelo, que iba pletórico, recuerdo muy bien su cara, con su expresión lo decía todo. Don Antonio Rueda —presidente de la Audiencia de Sevilla— fue testigo de la ceremonia civil. Don Antonio era muy amigo de mi abuelo Víctor y tío de Jaime. En la invitación se precisaba: «Las señoras han de ir vestidas de mantilla y los señores de chaqué». Cuando llegué a la iglesia, recuerdo que en un llamativo coche blanco, acompañada de mi padrino, la multitud se agolpaba para verme. «¡Guapa!», era uno de los piropos que me gritaban con gran fervor popular. Otras señoras eran más directas, «¡viva la madre que te parió». En aquellos momentos yo intentaba sonreír, miraba a la multitud y saludaba, estaba un poco nerviosa, me parecía todo muy espectacular, contemplar a toda aquella gente que había alrededor, y que habían ido hasta allí sólo para verme. Bajé del coche y unos guardias intentaron abrirnos paso, la gente se agolpaba por la curiosidad de vernos, la verdad es que fue todo un acontecimiento social. Todas las crónicas de sociedad, sin excepción, recogieron la noticia, las revistas de la época reflejaron el acontecimiento como algo especial y esperado, decenas de fotógrafos de todos los medios del país quisieron inmortalizar el evento. A pesar del clima, en el momento en que salimos del

coche, el sol brilló, afortunadamente.

Mi corazón latía fuertemente por aquel hombre a quien llegué a amar con todas mis fuerzas y que me estaba esperando frente al altar. Caminé unos cuantos pasos torpes entre la multitud pues era constantemente interrumpida por los asistentes y sentía mi rostro iluminado por los múltiples flashes de las decenas de cámaras de los reporteros. Por todas partes oía que me pedían: «¡A ver, Consuelo, mira aquí!», «¡Por favor, Consuelo!», «¡Sólo una foto más!», «¡Consuelo!», «¡María Consuelo!», «¡María Consuelo...!». Una vez atravesada la verja que daba acceso al templo donde iba a ser desposada y cogida del brazo de mi abuelo, el torero Luis Miguel Dominguín me arrebató literalmente al padrino y ofreció darme su brazo en actitud de gracia y espontaneidad juvenil. Lo inesperado de la situación acabó arrancándome una sonrisa de par en par, sonrisa que hasta ese momento no se había dibujado aún, tal vez porque estaba echando en falta en ese importantísimo momento de mi vida al más importante de mis pilares: mi padre. En lo que a él respecta, mi abuelo Víctor, fiel al protocolo y guardando estricta formalidad ante la gracia de Luis Miguel Dominguín, se mantuvo dos pasos por detrás esperando que el torero finalizara su actuación. Pero tan sólo algunos segundos después, mi abuelo volvía a ocupar su sitio al lado mío. Una vez dentro pude ver que allí se encontraba Jaime —quien momentos antes había estado posando para algún reportero gráfico cogido del cuello por el torero Sánchez Mejías— junto a su radiante madre, que no dejó de sonreír durante todo el acto religioso. «Estás guapísima», me dijo unos minutos antes de que me convirtiera en su nuera. Yo no dudé en sonreírle y en agradecerle el cumplido mientras bajaba la mirada. Jaime —con mucho detenimiento— no dejaba de observarme durante el transcurso de la ceremonia, me estudiaba de arriba abajo, miraba mi cintura, mi cara, y nuestras miradas se encontraban cada vez que me decidía a levantar la cara. En realidad yo no había dejado de ser una joven colegiala y aquella experiencia me estaba produciendo demasiado respeto, incluso miedo, aunque en mi fuero interno necesitaba creer que aquel guapo hombre que tenía a mi diestra me iba a querer y a respetar. Existe una foto tomada por la agencia de noticias Europa Press en donde se nos ve a Jaime y a mí en ese preciso instante, en pleno enlace. Él está con las manos cruzadas mirando fijamente al sacerdote que nos casó —don Manuel Pavón—, yo estoy con el gesto serio, agarrando el ramo bajo y haciendo lo mismo. El padrino de boda nos mira a ambos y un monaguillo se vuelve observando el objetivo fotográfico que captó la imagen. La agencia titulaba el acontecimiento «La boda de Jaime Ostos» y a continuación precisaba: «Ante la Virgen de la Macarena de Sevilla contrajeron matrimonio el famoso matador de toros Jaime Ostos y la señorita cordobesa María Consuelo Alcalá Rubio. Una boda elegante a la que asistieron distinguidas personalidades de toda España, así como toreros, periodistas, aristócratas y ganaderos».

Terminada la ceremonia nos dirigimos, en un llamativo coche propiedad de Jaime, hasta Pino Montano, finca que pertenecía a su apoderado, Ignacio Sánchez Mejías —hijo del mítico torero Sánchez Mejías, a quien Lorca dedicó su elegía—, en donde tendría lugar la celebración del banquete. Jaime, entonces, se desabrochó el primer botón de su camisa, se colocó bien el sombrero cordobés con su mano derecha, en cuyo dedo anular ya lucía el anillo de recién casado, y, callado, me miró como si quisiera decirme muchas cosas. Yo me entretuve saludando a la multitud que se agolpaba por la ventanilla del coche. Una vez que llegamos hasta la finca, las ruedas del coche patinaron en el barrizal, y el chófer intentó buscar el mejor sitio donde poder apearnos.

Recuerdo una escena preciosa: Jaime totalmente incorporado ya fuera del vehículo y yo aún dentro del mismo, la puerta abierta para dejarme salir, yo, recién casada, miro sonriente al suelo mientras él me hace un bonito gesto pellizcándome suavemente la cara, con delicadeza. Fue su primera muestra de amor después del enlace. Luego se irían sucediendo otras tantas. Me tomó en brazos, me levantó, ante la mirada expectante de la multitud, yo le sonreí, algún fotógrafo

inmortalizó la escena para la posteridad. Sin duda se trató de un día feliz para ambos. Jaime se deshacía en atenciones hacia mí, ahora convertida en su mujer. En otra foto tomada en la finca de Pino Montano, Jaime me tiene agarrada de la mano al lado de Sánchez Mejías mientras intentamos que mi vestido no se manche en el barrizal. Allí, en la placita de toros de la finca, se colocaron mesas, sillas y todas las instalaciones necesarias para la fiesta, que costó una fortuna para la época y que, al igual que mi vestido de novia, fue totalmente pagada por mí, porque para entonces ya había recibido la herencia de mi padre. El banquete fue servido por Pedro Torres, dueño del hotel Colón de Sevilla y del restaurante El Burladero. Los invitados fueron «personajes de mucho rumbo», como acertó en decir algún semanario de la época. Asistieron todos vestidos con sus mejores galas. Entre ellos estaban los marqueses de Villaverde, Orson Welles —quien me regaló una bonita caja de plata que aún conservo—, Lauren Bacall, Deborah Kerr y compañeros de profesión de Jaime, el ya anteriormente aludido Luis Miguel Dominguín, Victoriano Valencia, Pérez Tabernero, Ángel de Andrés, Fermín Bohórquez... Tras el banquete comenzó una fiesta por todo lo alto. Hubo atractivos cuadros flamencos, todos los artistas de la provincia de Sevilla y limítrofes se encontraban allí. Fueron tres las orquestas que amenizaron la celebración, entre las que destacó Orfeo Negro, aprovechando que andaba por esa época recorriendo España. Luego, tras la música, se soltaron becerros para que fueran lidiados por algunos de los invitados, claro está, por los toreros. Luis Miguel, ataviado con levita y monóculo, no dudó en enfrentarse al toro. Sánchez Mejías hizo lo propio banderilleando a caballo, Fermín Bohórquez rejoneó como nunca y el único que se mantuvo sólo como espectador fue Victoriano Valencia, pues tenía una fractura de muñeca. También, ¡cómo no!, salió al ruedo Jaime y mató al novillo que le fue destinado, dedicándome un brindis: «¡Va por ti, amor mío!», y luego me lanzó el sombrero cordobés. Todo resultó espectacularmente maravilloso en aquella tarde, fue una boda medida hasta el último detalle donde no sólo se casaron dos almas que se creían, o al menos lo creía yo, hechas la una para la otra, sino que se unieron igualmente el folclore de la fiesta con la música y el romanticismo.

La noche dio lugar al baile, un baile lleno de la elegancia propia de una boda de postín. Jaime y yo nos habíamos cambiado el atuendo. Yo había elegido un maravilloso vestido que iba en consonancia con el llamativo traje y la corbata que lucía Jaime. Cuando finalizó la actuación orquestal, sobre las siete de la mañana, se sirvieron churros para todos los invitados, aunque para entonces Jaime y yo nos habíamos retirado ya. Sin duda, aquella fue una hermosa noche, en la que la elegancia y la música marcaron nuestro baile acompasado, haciendo que fuéramos el centro de todas las miradas. Pero, como si del cuento de la Cenicienta se tratara, justo en el momento de retirarnos se produjo un acontecimiento que iba a presagiar todo lo que sería mi vida al lado de Jaime. El mismo día de nuestra boda, cuando quise encender un cigarrillo delante de mi vanagloriado marido —Jaime sabía perfectamente que yo fumaba, incluso cuando éramos novios me regalaba tabaco de Canarias—, él me dejó muy claro los roles de cada cual dentro de nuestra apenas estrenada situación conyugal, decidiendo autoritariamente cuál habría de ser mi conducta a partir del momento de convertirme en su esposa: «Ese cigarro lo tiras, porque tú no has fumado nunca... ¿entendido?». A partir de ahí comenzó una escalonada sucesión de mandatos y de ultrajes y una repentina y absoluta pérdida de respeto hacia mí, la mujer con la que acababa de casarse. Jaime, el torero ahora convertido en mi marido, empezó a ejercer el papel del varón dominante, y comenzó a poner en práctica una serie de imposiciones y normas de conducta que tenía y tiene sustentadas sobre la mal concebida base de que la mujer es un ser inferior, un ser a quien no debe darse ningún valor, especialmente cuando, como en aquel momento, se había convertido en «algo» de su propiedad por medio del matrimonio. Me tuve que hacer a la idea, no ya de que a partir de entonces jamás volvería a fumar, que en realidad era

lo de menos, sino de que antes tampoco lo había hecho. La verdad es que hoy, analizando desde la distancia aquella actitud de Jaime, pienso que me debería haber vuelto para mi casa en ese mismo instante, pues aquello daba comienzo a una historia de ninguneo y despersonalización que no era más que el inicio de unos malos tratos psicológicos que después llevan a todo lo demás.

Nuestra luna de miel y la primera bofetada

Las paredes del parador de la Arruzafa de Córdoba fueron testigos mudos de aquella noche de bodas en que —tuvo que ser en la ciudad de la Mezquita— di mi tesoro más preciado a Marte, «dios de la guerra», antes de dejarme desvanecer en los brazos de Morfeo. Al despertar, estaba dispuesta a disfrutar de mi nuevo estado, quería que mi amor hacia aquel torero quedara para siempre inmortalizado en la conciencia de ambos a través de las caricias mutuas, de los bellos susurros, de las palabras bonitas de algún filme, «dime que me quieres, aunque me engañes». Yo necesitaba amar, simplemente amar y ser correspondida a través de la protección, sentirme protegida en medio de un mundo de espinos que iban cobrando forma y tomando vida por momentos para atacar mi impoluta sensibilidad de esposa enamorada, yo era una mujer que estaba preparada, por mi educación, para dar sin tener que esperar nunca nada a cambio. Recibir para mí suponía simplemente un mero detalle que de tarde en tarde podría producirse casi por añadidura, pero sin que ello supusiera una obligación para mi esposo, para nuestra relación, que se suponía habría de ser estable. Los detalles siempre eran materiales, como cabría esperar, coches descapotables, relojes de grandes firmas... pero yo necesitaba otro tipo de detalles que Jaime no era capaz de captar, ni de ofrecer. Yo era una mujer capacitada para amar con el propio corazón, habiéndome entregado en cuerpo y alma al hombre que creí era el de mi vida; era una mujer que en mi fuero interno esperaba alcanzar la felicidad, quizá una felicidad muy particular, pero la mía al fin y al cabo. Con un simple beso, con una simple mirada de complicidad, con una simple caricia, hubiera quedado más que satisfecha. Sin embargo, a medida que pasaban las horas, a medida que la tierra giraba en sus movimientos temporales, iba echando en falta esa necesaria complicidad de dos que habían jurado su amor eterno ante Dios.

Partimos de viaje por toda Europa. Yo intentaba disfrutar de cada momento junto a mi esposo, vivía cada instante con la ilusión de una niña que idealizaba cada situación, buscaba la mirada cómplice de Jaime para hacerlo partícipe de mis vivencias, pero él me evadía. Todos esos maravillosos detalles que había tenido conmigo durante el noviazgo estaban empezando a atenuarse, todo el entusiasmo que me había demostrado por nuestro matrimonio pronto parecía estar llegando a su ocaso. Esto hizo que me fuera sumiendo en una gran tristeza a medida que comenzaba a comprender aquella situación: me sentía una simple propiedad del «torero de moda», que, una vez conseguida, había dejado de tener interés para él. Por más regalos que me hiciera Jaime no tenía ya conmigo la misma ternura que demostró unos meses antes. La verdad es que yo no quería regalos, mi necesidad era otra bien distinta.

Aquel viaje por Europa —Suiza, Alemania, la Riviera francesa...— terminó en la capital del amor, en París. La conocida actriz Annette Stomber y su marido por entonces, el director de cine Roger Vadim, primer esposo de Brigitte Bardot, fueron unos de tantos relevantes personajes que nos recibieron y acompañaron por los sitios de moda de la ciudad. Algunos años antes, se había comentado por Sevilla que Brigitte Bardot había tenido un affaire e incluso ciertos coqueteos con aquel torero de renombre cuando estuvo rodando una película en la ciudad hispalense. Lo cierto es que el famoso torero de Écija había conseguido enamorar a más de una mujer antes de conocerme, claro. Su fama de conquistador le precedía, incluso la Stomber, en mi propia presencia, se echó en los brazos de Jaime en cuanto lo vio. En realidad se le echaban todas en los brazos, y Annette Stomber también lo hizo sin ningún pudor. Yo me quedaba muerta, pero no tenía más remedio que irme acostumbrando a aquella situación. En la capital de

Francia, decidí ir a la peluquería. Entre unos y otros me convencieron para cortarme el pelo, aunque siempre había lucido una atractiva, larga y abundante melena herencia de mi padre. Cuando llegué con mi nueva imagen, un amigo fotógrafo quiso hacerme fotos profesionales, pero yo le respondí que no servía para eso.

Con los más importantes personajes de la *crème parisienne* recorrimos durante los doce días que estuvimos en la ciudad de las luces los sitios más destacados de aquel París de entonces. No declinamos ninguna invitación, aunque sí he de confesar que estaba un tanto descolocada en medio de aquel mundo que no significaba gran cosa para mí. Echaba de menos, eso sí, el ambiente de extrema intelectualidad que siempre me había rodeado, las sabias conversaciones con mi abuelo, el entorno de grandeza en la extensión máxima del vocablo, y por aquella época odié más que nunca las poses, la superficialidad, la hipocresía y la falsedad de un mundo en que el champagne y el glamour no eran más que abundante espuma de algo que pretendía hacerse pasar por oro, una absurda cortina de humo que escondía la más absoluta mediocridad de la que a veces puede rodearse el ser humano y de la que a mí siempre me habían enseñado a huir como de la propia peste. Sin embargo, rememorando aquella estancia en la ciudad del amor, recuerdo una escena con especial emotividad, y al mismo tiempo con una profunda amargura. Fue durante un concierto que daba la cantante de fados portuguesa Amalia Rodríguez. Era la época del existencialismo y tan sólo un mes después de nuestro enlace —el 21 de noviembre de 1960—, un día que jamás podré olvidar. Todos los periódicos del mundo recogían la noticia de la fracasada misión del Mercury Redstone-1, que después de levantarse unos cuantos centímetros del suelo vio cómo los motores principales se apagaban y el cohete había de quedarse en tierra. Pero poco importaba aquel acontecimiento para mí, que era aún una niña de dieciséis años, recién casada, enamorada y muy ilusionada con su marido. Mi particular tragedia sería otra que me quedaría marcada para siempre, me acordaré toda la vida de aquella fecha porque fue el día en el que Jaime me dio la primera bofetada... Sí, Jaime Ostos, el torero que tanto me había suplicado que me casara con él, me pegó, haciéndome sentir ultrajada y humillada. Nadie me había pegado hasta entonces, nadie. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que Jaime ya me había perdido el respeto en tan sólo un mes de matrimonio. Todo ocurrió de una forma extraña, pero un hombre agresivo actúa siempre extrañamente, después del concierto de Amalia Rodríguez. Dado que le había gustado tanto la actuación y hacíamos un mes de casados, sin que Jaime se diera cuenta, le compré un disco de la cantante y le quise sorprender con el regalo. Cuando llegamos al hotel, toda ilusionada, se lo di y él reaccionó con el mayor desprecio del mundo advirtiéndome de que fuera olvidando la idea de celebrar cada mes de casados con un regalo. Entonces yo comencé a llorar porque no entendía su actitud y él me dijo que allí no se lloraba por tonterías. En este instante, como yo no podía cesar en mi llanto, me pegó. Primero me dio una sonora bofetada y luego un puñetazo y me dejó como una cosa perdida. Él quiso hacerme ver con eso que yo ya no podía hacer lo que quisiera, que no debía tomar decisiones por mí misma, lo que fue el primer paso para irme despersonalizando. Yo me recosté en la cama y al rato vino a pedirme perdón, me dijo que él tenía una profesión difícil y que de vez en cuando se ponía nervioso, que no se lo tuviera en cuenta y que lo perdonara puesto que aquello no volvería a suceder nunca más. Yo lo perdoné porque no soy nada rencorosa y acabé olvidándolo, aunque, claro, él mismo se encargaría de irme refrescando la memoria durante los nueve años que duró nuestro penoso matrimonio. Pensé en mi padre, en lo mucho que hubiera sufrido de haber visto cómo su hija era maltratada y humillada por el hombre a quien yo misma había jurado amor eterno, por el compañero que había elegido como mi protector, mi guía ahora que él, mi amado padre, ya no estaba para cuidar de mí como siempre lo había hecho. ¡Quién me lo iba a decir!

Un viaje hacia mi padre

Soy hija de un padre mayor y una madre joven. Mi progenitor, don Pedro Alcalá Espinosa de los Monteros, contaba con cuarenta y nueve años cuando contrajo nupcias con una jovencísima, simpática y bellísima mujer de dieciocho, doña Gabriela Rubio Sánchez. Mi madre ha sido una mujer preciosa durante toda su vida, muy elegante, poseedora de un gran ingenio y mucha gracia; como decimos en Andalucía, ha sido siempre un pincel. Así que aquella atractiva mujer cordobesa conquistó con su talento, encanto y juventud a un hombre de muy buena posición social y amplia cultura, un liberal que creía en la persona por encima de todo y que estuvo rodeado de los genios y de los personajes más destacados de la época. Mi padre era un hombre apuesto y atractivo como se adivina en la fotografía que el propio Federico García Lorca le hizo en la Residencia de Estudiantes de Madrid mientras se preparaba para registrar de la propiedad. Era un hombre muy presumido, siempre iba muy bien arreglado, perfecto... Nunca se le ocurría salir a la calle sin su chaqueta de hilo blanco o sin afeitarse. Vestía impecablemente. Siempre fue valorado, querido y ante todo respetado por todo el mundo, daba a cada cual lo suyo y jamás nadie se metió con él.

Mi padre fue una figura determinante en mi vida, al igual que lo fue mi abuelo materno, Víctor Rubio Chávarri. Esta fijación en los hombres de mi familia resulta, cuando menos, curiosa; quizá siento tal atracción por haber predominado siempre en el seno familiar un importante matriarcado y haber sido significativa la escasez del sexo masculino, al menos así lo creo. Mi padre quiso inculcarnos durante toda su vida a mi hermano y a mí, desde el mismo instante de nuestro nacimiento, la pasión por la lectura y la curiosidad por el saber que él mismo llevaba implícito en sus propios genes. Tengo siempre en mente la paciencia de mi padre a la hora de explicarme cosas; era más paciente que el Santo Job. Yo llamaba a la puerta de su biblioteca cuando quería hablar con él, le pedía permiso para pasar y él siempre atendía a mis peticiones, ambos nos sentábamos y yo le escuchaba cuantos comentarios quisiera hacerme sobre cualquier cosa que yo le planteara. Recuerdo una ocasión en que comentamos nada más y nada menos que los Episodios Nacionales, veinticuatro tomos que yo ya había devorado con doce años. Con mi padre siempre satisfacía cualquier demanda intelectual, era un pozo de sabiduría y tenía respuestas para todo.

Pedro Alcalá nació en Baena, en la calle Nicolás Alcalá. Fue el año en que el conde Ferdinand Zeppelin hacía volar el aerostático que llevaba su nombre, iniciándose así una nueva era, también el año en que aún Italia tenía rey y lo asesinaron en un atentado, o el mismo en que se promulgaba que el «liberalismo era un pecado» a través de panfletos anónimos, ese liberalismo, curiosamente, que mi padre llevaría a gala y pondría en práctica con plena conciencia y actitud consecuente. Y es que él fue durante toda su vida una persona muy intransigente consigo misma —en esto me parezco bastante a mi progenitor—, un hombre con un alto concepto de la lealtad y muy coherente en su manera de actuar respondiendo fielmente a sus ideas. [...]